

## Cumbre Concordia / The Americas Miami, 12.05.16

Permítanme comenzar agradeciendo a los organizadores de Concordia / The Americas la oportunidad de compartir mis ideas con personas de firmes convicciones democráticas a las que admiro y respeto desde hace años como mis buenos amigos los ex presidentes Sebastián Piñera, Tuto Quiroga, Luis Alberto Lacalle y Álvaro Uribe, además de otros numerosos como los que participarán en las diferentes sesiones del programa.

Me han pedido los organizadores que les hable esta noche del futuro de Cuba, y eso siempre es especialmente complicado en relación a una isla en la que el presente parece anclado al pasado y los tiranos parecen no cumplir años. Pero si en vez de anticipar el futuro me hubieran pedido que resumiera en pocas palabras lo que quiero para la isla, la respuesta sería mucho más sencilla: Una Cuba libre.

Por mucho que periódicamente se desaten las esperanzas de cambio en relación a Cuba, mi impresión es que mientras el mundo ha vivido enormes transformaciones desde la segunda guerra mundial, la isla ha quedado congelada en el tiempo desde 1959, como si el castrismo hubiera derramado sobre ella un espeso comunismo que ha paralizado a la sociedad y que sólo ha significado prosperidad y desarrollo para la familia Castro y su cohorte de seguidores.

La última muestra de esa inmovilidad del régimen durante décadas la hemos tenido hace muy pocas semanas, durante la celebración del séptimo congreso del Partido Comunista de Cuba.

Algunos creían que los gestos de buena voluntad de una parte importante de la comunidad internacional se iban a ver por fin correspondidos con importantes anuncios de apertura y de cambio. Parecía que dicho congreso, en lugar de definir la hoja de ruta "conceptual" del comunismo hasta el año 2030, serviría para abrir las puertas del cambio.

Ahora sí, el relajamiento de la presión internacional tendría como respuesta el reconocimiento implícito del fracaso comunista y la llegada, aunque fuera lenta, de la transición a una democracia verdadera.

Quienes pensaban de esa manera se equivocaban, y han topado, una vez más, con la cruda realidad. La Cuba de hoy no es muy diferente de la de los años 60, 70, 80, 90 o la primera década del siglo XXI porque quienes la gobiernan no han cambiado. De la misma manera que la dictadura comunista del Corea del Norte ha inmerso a los ciudadanos en una fantasía irreal en la que ni siquiera los dictadores mueren cuando mueren, la Cuba de 2016 sigue siendo el vivo reflejo de una sociedad rota en dos, en la que muchos han decidido vivir libres pero fuera, y el resto siguen sufriendo desde dentro el delirio ideológico, la ambición y la megalomanía de los hermanos Castro y quienes les apoyan.

---

Hay quien afirma que debemos sentirnos esperanzados ante el anuncio por parte de Raúl Castro de que abandonará la presidencia de Cuba en 2018, a la tierna edad de 87 años. Pero por si alguno se ilusiona más de la cuenta con tal revelación, a continuación ha afirmado su intención de permanecer hasta 2021 controlando las políticas nacionales desde su renovado puesto de primer secretario del Partido Comunista, al que aún se atreve a definir como "vanguardia organizada de la nación cubana, fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado".

No mucho más esperanzador desde el punto de vista de la renovación generacional es el nombramiento como Segundo Secretario del también octogenario José Ramón Machado. Como Ramiro Valdés o Leopoldo Cintra, otros eternos jóvenes comunistas, representan la respuesta del castrismo a todos aquellos que esperaban una apuesta por la juventud, la apertura y las reformas democráticas.

Si no fuera porque se trata de Cuba, reiríamos ante lo que parece un chiste. Pero lo que ocurre en Cuba desde hace 58 años es mucho más que una broma de mal gusto, porque ha tenido y sigue teniendo consecuencias dramáticas para las vidas de millones de cubanos, dentro y fuera de la isla.

Si el régimen no parece haber mejorado con el tiempo en lo que algunos han dado en llamar "el hecho biológico", tampoco parece haberlo hecho en su dogmatismo ideológico.

Decir que "la Cuba socialista y soberana, la propiedad de todo el pueblo sobre los medios fundamentales de producción, es y continuará siendo la forma principal de la economía nacional y del sistema socio-económico, constituyendo la base del poder real de los trabajadores", no refleja voluntad alguna de cambio.

Escuchar que "el incremento de los trabajadores por cuenta propia, que suman ya casi medio millón, y la autorización de la contratación por estos de fuerza de trabajo ha conllevado en la práctica a la existencia de esas pequeñas empresas privadas, que hoy funcionan sin la debida personalidad jurídica", tampoco invita al optimismo.

Reafirmar el control por el Estado de los medios de producción y el papel testimonial y complementario que podrán jugar los pequeños propietarios solo sirve para constatar una cosa: El único deseo real del comunismo es garantizar la supervivencia de un régimen que se supo sobreponer al colapso de la Unión Soviética, al derribo del Muro de Berlín, y ahora pretende hacer lo mismo ante la implosión del régimen chavista de Venezuela que le ha garantizado la subsistencia económica durante los últimos años.

Quizás la única verdad expresada de manera inconsciente por Raúl Castro durante el Congreso del Partido Comunista sea que "el obstáculo fundamental es el lastre de una mentalidad obsoleta"... En eso sí que estamos de acuerdo, en la existencia de una mentalidad obsoleta. Pero esa mentalidad obsoleta es precisamente la que ha impedido la llegada de la democracia a Cuba desde hace casi sesenta años y lo sigue haciendo.

Mientras eso es lo que ocurre en los salones que congregan a las élites comunistas, la represión continúa cada día en todos los rincones de la isla.

La Comisión Cubana de Derechos Humanos y Reconciliación Nacional denunció hace unos días que en los cuatro primeros meses de 2016 se han producido al menos 5.351

detenciones arbitrarias por motivos políticos, de ellas 1.380 en abril. Además, al menos 82 presos políticos y de conciencia siguen encarcelados por lo que el régimen considera "delitos contra el Estado". El número es probablemente mucho mayor, habida cuenta de la dificultad para obtener cifras reales y del miedo imperante en la sociedad cubana.

El pasado fin de semana ni siquiera se ha permitido que las Damas de Blanco pudieran asistir a unas actividades tan peligrosamente contrarrevolucionarias como las misas que pretendían celebrar con motivo del Día de la Madre, motivo por el que muchas de ellas fueron arrestadas en lugares tan diferentes como Matanzas, La Habana, Los Arabos, Cárdenas, Colón u Holguín. Ningún lugar es seguro para quienes aspiran a vivir en la paz que sólo una Cuba libre y democrática es capaz de brindar.

Así siguen funcionando las cosas en el parque jurásico del comunismo.

Estoy convencido de que ese incremento en la represión tiene mucho que ver con el relajamiento de la presión democrática y con la falta de apoyo suficiente a los disidentes por parte de la comunidad internacional.

Cuando se reniega de las posiciones comunes, cuando los disidentes dejan de estar en el centro de cualquier interlocución y cuando priman los intereses comerciales respecto a los avances en derechos humanos, los regímenes dictatoriales aprovechan los vacíos dejados por los demócratas para responder de la única manera que saben: Con menos libertad y más represalias.

Afortunadamente, las ciudades de Cuba siguen llenas de hombres y mujeres valientes dispuestos a sacrificar su seguridad personal en beneficio del sueño de una Cuba en libertad para todos los cubanos. Nuestra responsabilidad democrática y nuestra obligación moral es estar a su lado.

Cuba es tan poco democrática hoy como lo era en la Guerra Fría o tras la caída del Muro de Berlín. La represión es idéntica, si no mayor. Los demás regímenes dictatoriales de aquella época fueron desapareciendo, uno detrás de otro, gracias a una firme convicción democrática que arraigó silenciosamente en la sociedad y que las hizo avanzar en la misma dirección que marcaban el liderazgo moral y el ejemplo de los líderes de la disidencia.

He tenido la fortuna de conocer a lo largo de todos estos años a numerosos disidentes. Me he enriquecido con su fortaleza moral, he aprendido de su experiencia y liderazgo y he tratado de tener presente sus ejemplos todos los días de mi vida.

He conocido a muchas personas honorables y ejemplares que han pagado en las prisiones de países tan diferentes como la antigua Unión Soviética, Polonia, Venezuela, Sudáfrica, Egipto o Cuba por defender sus pacíficos anhelos de vivir en libertad. En sentido diferente también lo he vivido en algunas zonas de mi país, en las que el simple hecho de declararse español suponía una amenaza y en ocasiones una sentencia de muerte a manos del terrorismo.

He tratado de promover la presencia de los disidentes y las víctimas de la injusticia en todos aquellos foros políticos en los que se les podía dar voz, como el que hoy nos congrega. Y

reclamo que lo sigamos haciendo mientras sigan existiendo luchadores por la libertad necesitados de nuestro apoyo.

Así lo hice cuando desde la Presidencia del Gobierno de España promoví una Posición Común de la Unión Europea. Y así lo sigo haciendo ahora, cuando algunos espejismos de libertad toman forma de cruceros.

Ese mismo ánimo y ese mismo anhelo de libertad es el que me ha llevado a apoyar todas y cada unas de las iniciativas democráticas surgidas desde la sociedad civil cubana para promover una verdadera transición a la democracia. El Proyecto Varela del recordado y admirado Oswaldo Payá, las redes de bibliotecas y periodistas independientes, las propuestas de las damas de Blanco, y otras tantas y tantas iniciativas, pasadas y recientes, surgidas dentro y fuera de la isla en favor de una transición, han recibido y recibirán siempre mi apoyo y colaboración.

Quiero finalizar lanzando un último mensaje de cohesión, de concertación y de trabajo en común.

Todos conocen el sufrimiento por el que ha pasado y sigue pasando el querido pueblo venezolano. El chavismo pretendió crear la versión actualizada y con recursos naturales del castrismo, y lo que ha demostrado en un tiempo record es la inviabilidad de este tipo de regímenes.

El chavismo es en buena medida responsable de su propio fracaso, pero si hoy hay una mayoría de oposición en la Asamblea Nacional, si sigue habiendo un margen de esperanza para recuperar la democracia, es también gracias al ejemplo de unión logrado por el conjunto de la oposición democrática venezolana. Un ejemplo que puede marcar el camino para otros muchos países, incluida Cuba.

Creo que ha llegado la hora de que todos los cubanos de bien remen en la misma dirección para lograr que la democracia triunfe cuanto antes. El castrismo ha trabajado durante años para dividir a la sociedad. Y lo ha logrado. la dictadura ha triunfado a la hora de separar a los de dentro de los de fuera, a los comunistas de los disidentes, a los mayores de los jóvenes, a los blancos de los negros. Ha sido capaz de lograrlo más allá de sus fronteras, e incluso no ha dudado en romper familias cuando lo ha considerado útil a sus perversos fines.

Todos conocemos el testimonio de algún disidente, cuyo mayor trauma no ha sido verse encarcelado injustamente y en condiciones infrahumanas, sino haber sido separado, siendo casi niño, de sus padres y hermanos mediante un vil chantaje emocional.

Debemos poner fin a esas divisiones absurdas entre cubanos de bien. Cuantas más personas se sumen a la causa de la libertad para Cuba, mejor. Debemos renunciar a poner condiciones previas en función de la trayectoria democrática, protagonismo, procedencia o cualquier otra consideración, porque nadie sobra en la Cuba del futuro. Debemos aprender a respetar todas las propuestas democráticas sin descartarlas de antemano en función de quién las avale. Si aspiramos a una sociedad cubana democrática y plural, en ella han de tener cabida todos los proyectos, con la única condición de que estén basadas en sólidas convicciones democráticas.

Ha llegado el momento de hacer lo que el castrismo ha intentado durante años evitar. Debemos ver el futuro de Cuba con optimismo y en libertad, pero sin que el castrismo marque la agenda o los tiempos.

Invito a todos los cubanos, los de dentro y los de fuera, a soñar con un futuro mejor que no dependa de la voluntad arbitraria de unos ancianos dictadores. Animo a ser valientes en las denuncias de las violaciones de derechos humanos y los actos de represión. Pido a los líderes que hoy nos acompañan y a los responsables de liderar el camino de nuestras sociedades a que no dejen solos ni apartados a los disidentes, y que tengan presente su ejemplo.

En la medida de mis posibilidades me comprometo a seguir trabajando para que la democracia llegue cuanto antes a Cuba y podamos por fin dejar de especular sobre el futuro para hablar, por fin, del presente de una Cuba Libre.